

Duerme. Si al despertar no me encontraras,
 Yo te hablaré á lo lejos;
 Una aurora sin sol vendrá á dejarte
 Entre los labios mi invisible beso;
 Duerme; me llaman,
 Concilia el sueño.

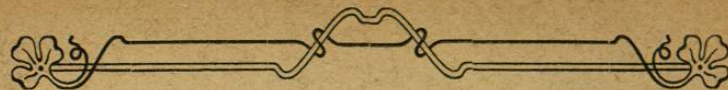
Yo formaré crepúsculos azules
 Para flotar en ellos:
 Para infundir en tu alma solitaria
 La tristeza más dulce de los cielos.
 Así tu llanto
 No será acerbo.

Yo empaparé de dulces melodías
 Los sauces y los ceibos,
 Y enseñaré á los pájaros dormidos
 A repetir mis cánticos maternos...
 El niño duerme,
 Duerme sonriendo.

.....
 La madre lo estrechó; dejó en su frente
 Una lágrima inmensa, en ella un beso,
 Y se acostó á morir. Lloró la selva
 Y, al entreabrirse, sonreía el cielo.

XI.

¿Sentís la risa? Caracé el cacique
 Ha vuelto ebrio, muy ebrio.
 Su esclava estaba pálida, muy pálida...
 Hijo y madre ya duermen *los dos sueños*.



LIBRO SEGUNDO

CANTO PRIMERO.

I.

¿Quién ata las pasadas sensaciones
 En haces de quimeras
 Que, al roce de un recuerdo no buscado,
 Juntas en el cerebro se despiertan,
 Y nadando en un medio indefinible
 Con nuestras almas piensan?

Las notas ignoradas que en la noche
 Hasta nosotros llegan,
 ¿Por quién son recogidas, y ajustadas
 A un ritmo misterioso, á una cadencia,
 Para formar ese himno prolongado
 Con que las sombras ruegan:

Esa flotante ebullición sonora
 Que en el aire semeja
 De mil voces distintas y lejanas
 Los ayes, las palabras ó las quejas
 Que á extinguirse temblando á nuestro lado
 Como heridas se acercan?

¿Quién llora con la luna en los sepulcros,
 Y ríe en las estrellas,
 Y respira en las auras otoñales,
 Y anima la hoja seca,
 Y es perfume en la flor, gota en la lluvia
 Y en la pupila idea?

Acaso en los espacios infinitos
 Que el hombre no penetra,
 La vida y la armonía se difunden
 En cuyas formas entran,
 Como elemento indispensable y justo,
 Los ignorados llantos de la tierra,
 Los ayes de las razas extinguidas,
 Su soledad eterna,
 Los destinos oscuros, los suspiros,
 Las lágrimas secretas,
 Los latidos que el mundo no comprende
 Y en la eterna armonía se condensan.

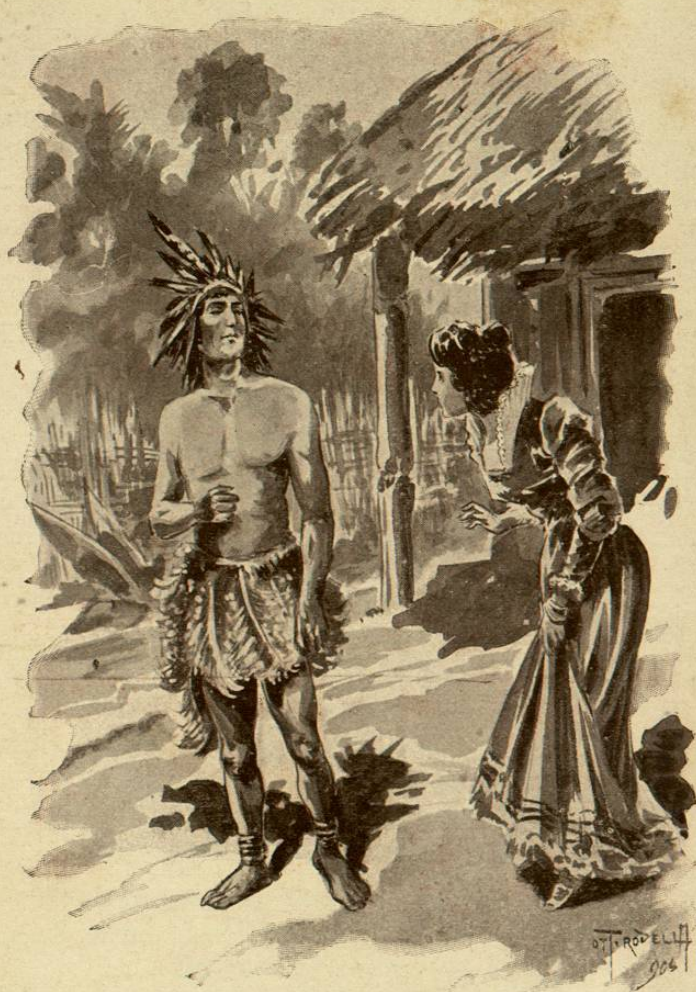
Vosotros, los que amáis los imposibles,
 Los que vivís la vida de la idea,
 Los que sabéis de ignotas muchedumbres
 Que los espacios infinitos pueblan;

Los que escucháis quejidos y palabras
 Donde el silencio reina,
 Y algo más que la idea del invierno
 Os sugiere el rodar de la hoja seca,

Escuchad el acorde arrebatado
 Al rumor misterioso de la selva,
 La voz de aquella noche sin aurora
 Que difunde su sombra en mi leyenda.

II.

La corriente del tiempo,
 En brazos del pasado,
 Como el cadáver de otros tantos hijos,
 Ha dejado los años tras los años.



**El indio alzó la frente; miró á Blanca
 De un modo fijo, iluminado, intenso.
 Había en su actitud indescifrable
 Terror, adoración, reproche, ruego.**

Al tramontar las lomas
Del Uruguay, el astro
Deja envuelto en la sombra de las islas
A un villorrio español, que fué fundado

En la desierta margen donde el río
San Salvador, hermoso tributario
Del Uruguay, derrama en éste
Su caudal, entre sauces y guayabos.

El pueblo aquél, sentado en el desierto
Como un aventurero temerario,
¿Es algo más que una visión de gloria?
¿Brotó del suelo ó descendió de lo alto?

Sus cimientos han sido varias veces
Con sangre de dos razas amasados;
Sus techos, convertidos en hogueras,
Varias veces el campo iluminaron;

Y ya más de una vez en la colina
Quedaron sus escombros solitarios,
Como los negros miembros de un gigante
Por la zarpa del tigre hecho pedazos.

Desde el fondo del bosque, los charrúas
Observan los bastiones castellanos,
Las rudas estacadas
De troncos de algarrobos y quebrachos,

Antemural sin fosos ni poternas,
Remedo de baluarte que, hácia el campo,
Defiende el caserío
Cuyos techos se asoman al barranco.

Techos pajizos de bambú, con hebras
De la raíz del *ñapindá* amarrados;
Muros de tierra negros
Entre despojos de bateles náufragos,

Que rodean la casa construida
 Por Juan de Ortíz el viejo adelantado,
 Con sillares de piedra
 Que el tiempo y los incendios respetaron;

Tal es la población conquistadora
 En que aún tremola el pabellón hispano,
 Sereno como siempre
 El desierto sin nombre desafiando,

En una tierra madriguera hermosa
 Del indio más bizarro
 De los que aullaron y aguzaron flechas
 En el salvaje mundo americano.

Como el cachorro oculto bajo el cuerpo
 Del tigre provocado,
 Así se esconde la uruguayana tierra
 De su indómito rey bajo los arcos.

El indio ruje, al escuchar la planta
 Del extranjero blanco,
 Con rugidos de rabia y de deseo,
 Siempre en acecho, cauteloso, huraño.

Brilla el ojo del indio en la espesura;
 Suena por todos lados
 Su alarido feroz: brotan rabiosos
 De entre las flores sus agudos dardos.

¿Dónde se esconden? Donde esconde el viento
 Sus gritos ignorados;
 Donde esconde la muerte las lumbreras
 Que enciende sobre el haz de los pantanos.

Allí donde tan solo se ve un grupo
 De chircas ó de cardos,
 Hay rostros escondidos en la sombra,
 Siempre despiertos, sangre olfatando.

Allá en el matorral algo se mueve...
 ¿Quién trepa en el barranco?
 ¿Sentís un grito en la lejana orilla?
 Es la muerte... si vais, veréis su rastro.

¿Qué hay más allá? Lo ignoto, lo imprevisto,
 Quizá lo sobrehumano;
 Algo más que la muerte, más obscuro...
 ¿Quién se llega hasta él? ¿Quién va á retarlo?

España va, la cruz de su bandera,
 Su incomparable hidalgo;
 La noble raza madre en cuyo pecho
 Si un mundo se estrelló, se hizo pedazos.

El pueblo altivo que, en la edad sin nombre,
 Era el cerebro acaso
 Del continente muerto,
 Ya sumergido en el abismo atlántico

Que, no teniendo en sí, para el cadáver
 De aquel coloso espacio,
 Dejó asomar, sobre la vasta tumba,
 Miembro insepulto, el mundo americano.

Sólo España ¿quién más? sólo ella pudo,
 Con paso temerario,
 Luchar con lo fatal desconocido,
 Despertar el abismo y provocarlo;

Llegarse á herir el lomo del desierto
 Dormido en el regazo
 De la infinita soledad su madre,
 Y en él clavar el pabellón cristiano;

Y resistir la convulsión suprema
 Del mónstruo aquél al revolverse airado,
 Sin que el pavor le acongojara el alma,
 Ni el resistir le desarmara el brazo.

III.

En las torcidas calles del villorrio
La guarnición se ve diseminada:

 Quién aguza en la piedra
 El hierro de su lanza,

 Quién enlucé un mohoso
 Capacete, ó remalla

Alguna vieja cota, ó busca en vano
Sobre la gola encaje á la celada;

 Quién las piezas ajusta
 De sus gastadas armas,
Espaldares ó antiguas escarcelas
De coseletes varios arrancadas;

 Mientras allá, á la sombra
 Tendido de una acacia,
Algún soldado arrulla sus recuerdos
Con un cantar querido de la patria.

 El brazo desfallece,
Sin que por ello desfalezca el alma
De los rudos guerreros españoles
Que, para dar la postrimer lanzada,

 Persiguen y no encuentran
El corazón de la invencible raza
Que prolonga el honor de su agonía
Más allá de su vida legendaria.

En el cobrizo pecho de algún indio
 Postrado en la batalla,
Las escamas grabadas y arabescos
Se hallaron de las cotas y corazas

De los blancos guerreros que el charrúa,
 Con fuerza extraordinaria,
Estrujaba en el nudo de sus brazos
Que la muerte tan sólo desataba;

 Y en los dientes de muchos,
 O en sus manos crispadas
Trozos sangrientos de enemiga carne
Con vestigios de vida palpitaban;

 Pero jamás un ruego,
 Nunca una sola lágrima
Plegó los labios ni anubló los ojos
Del dueño de las selvas uruguayas.

IV.

Sapicán, el cacique más anciano,
 Ya cayó en la batalla
Después que por Garay en la llanura
Vió deshechas sus tribus más bizarras.

Sopló la muerte, y apagó en sus ojos,
 Sedientos de venganza,
El último fulgor. Pero aun la muerte,
Del indio en las pupilas amenaza,

 Cuando las tribus, con clamor inmenso,
 Del combate separan
Su cadáver, envuelto en los vapores
De la caliente sangre que derrama.

Murió; pero en la noche, cuando el astro
 No alumbra las barrancas,
Y se duermen las víboras, y agita
Solo el *ñacurutú* sus lentas alas;

Cuando las sombras salen de los árboles
 Y con los vientos andan,
 Y la nutria nadando cruza el río,
 Y canta el grillo oculto entre las matas,

El cacique aparece.
 Ya lo han visto las tribus espantadas
 Buscar en vano su arco entre los juncos
 O su maza de pórvido en las aguas.

Cuando, como jauría
 De lebreles con alas,
 Vientos de tempestad cruzan rabiosos
 Aullando de la selva entre las ramas;

Cuando las nubes negras
 Se ven amontonadas
 Un momento no más sobre el relámpago
 Que por el fondo de los cielos pasa,

Y las gotas de lluvia
 En las hojas restallan,
 Y golpean el lomo de los tigres
 Que encandilados y encogidos braman,

La sombra silenciosa
 Cruza en los aires pálida,
 En medio la tormenta que acaudilla
 Con su antigua actitud siempre gallarda.

Esa es su frente estrecha,
 Su cabellera lacia,
 Y su saliente pómulo, y sus ojos
 Pequeños, de pupila prolongada

Al acecho dispuesta
 Y á devorar distancias;
 A encenderse, á apagarse entre la sombra,
 Y á comprimir relámpagos de rabia.

El viento que en su torno
 Los centenarios *nandubáis* descuaja,
 No mueve ni un cabello del cacique
 Que á través de los árboles resbala;

Y si acaso dispersa
 Los miembros de la sombra alguna ráfaga
 De los vientos del Sur, vuelven al punto
 A reunirse y cobrar la forma humana.

El rayo no lo ofende
 Aunque á liarse á su cabeza vaya,
 O silbando en su cuerpo se retuerza
 Y lo ilumine con su lumbre cárdena.

El indio sigue mudo,
 Buscando siempre su guerrera maza,
 Y á su paso los tigres se espeluznan
 Y las tribus se esconden espantadas.

Las plumas erizando,
 Dando graznidos, el fulgor apagan
 De sus redondos ojos las lechuzas
 Que huyen á guarecerse en las barrancas;

Hasta que, al oír el indio
 La primera canción que anuncia el alba,
 En el aire sutil pierde sus formas,
 Se diluye en la luz, se va ó se apaga.

V.

¡También *Abayubá* cayó en la lucha!
Abayubá á quien llaman
 En vano con sus grandes alaridos
 Las tribus que el cacique acaudillaba.

Era el joven amado
Del viejo *Sapicdn*; con sus palabras
Encendía el valor de los charrúas
Y con su paso y su actitud gallarda.

Aun contaba sus fríos
Por sus manos que, hiriendo con la maza,
Eran rudas y fuertes como el viento
Que sopla al Uruguay desde las pampas.

¡Cómo cayó! Al sentirse
Pasado por el hierro de una lanza,
Trepó por ésta hasta morir, cortando
Con el diente afilado por la rabia

La rienda del caballo en cuya grupa
El español acaba
Con el puñal, la destructora brega
Que la ocupada lanza comenzara.

VI.

¿Y *Añagualpo* el gigante y *Yandinoca*?
También sus sombras vagan
En la noche sin lunas, y se envuelven
En el triste vapor de las montañas.

¿Qué fué de *Tabobá*? También ha muerto.
Buscaba en el combate la venganza
De *Abayubá*, cuando del sueño frío
Sintió en los huesos la corriente helada.

El fiero *Magaluna*,
Ligero como el tigre, se abalanza
Al cuello del corcel del enemigo
Al que sus dientes y sus uñas clava;

Se agita, grita, ruge,
Mientras el ginete el pecho le traspasa;
Sólo la muerte lo desprende, y yerto
El cuerpo sólo se desploma y calla.

No volverá á tenderse
El arco de algarrobo que ajustaba
La mano de *Yaci*, del joven indio
Que daba muerte al *yacaré* en las aguas;

No encenderá sus fuegos
En los bosques del *Hum* ni en sus barrancas
El valiente *Terú*; las sombras negras
Gimen cuando se posan en sus armas.

¡*Maracopá* y *Abaroré* no existen!
¡*Gualconda* ya es esclava!
Ya no reirá la dulce *Liropeya*,
La virgen más hermosa de la playa,

Hija del tiempo de los soles largos,
Que brillan en las ramas
Cuando el botón del ceibo se revienta
Como urna de sangre. Por llevarla

A sus toldos de pieles, muchos indios
Se hendieron con sus hachas;
Venció *Yandubayú*; pero la virgen
En vano llora y al cacique aguarda.

Murió *Yandubayú*, ¡también ha muerto!
Jamás en su piragua
Vendrá á buscar á *Liropeya*; nunca
Se oirá su voz en medio la batalla.

Los hijos valerosos
De muchas indias, cuando no contaban
Haber visto diez veces hojas nuevas
Abrir en el penacho de las palmas,

Han caído en la lucha
Dando débiles gritos de venganza;
Sus brazos no eran fuertes, y sus flechas
Eran temidas sólo de las gamas.

Los viejos que habían visto
Nacer la primer luna, y en los talas
En que hoy las uñas el leopardo afile
Habían visto correr la primer savia,

También hicieron arcos,
Y aguzaron las puntas de las lanzas,
Y fueron al combate lentamente
Apoyados en ellas ó arrastrándolas.

Y todos han caído
Uno tras otro en la desierta pampa;
Y nadie abrió sus párpados; la noche
Bajo de ellos quedó, la noche larga,
Triste, sin lunas, la del viento negro,
En la que nunca aclara.
Ya no se mueven los caciques indios,
No encienden fuegos; para siempre callan.

VII.

¡Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas!
¡Estirpe lentamente sumergida
En la infinita soledad arcana!

¡Lumbre espirante que apagó la aurora!
¡Sombra desnuda muerta entre las zarzas!
Ni las manchas siquiera
De vuestra sangre nuestra tierra guarda,

¡Y aun viven los jaguares amarillos!
¡Y aun sus cachorros maman!
¡Y aun brotan las espinas que mordieron
La piel cobriza de la extinta raza!

Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas;
Indómitos luchásteis... ¿Qué habéis sido?
¿Héroes ó tigres? ¿Pensamiento ó rabia?

Como el pájaro canta en una ruina,
El trovador levanta
La trémula elegía indescifrable
Que á través de los árboles resbala,

Cuando os siente pasar en las tinieblas
Y tocar con las alas
Su cabeza, que entrega á los embates
Del viento secular de las montañas.

Sombras desnudas que pasáis de noche
En pálidas bandadas
Goteando sangre que, al tocar el suelo,
Como salvaje imprecación estalla:

Yo os saludo al pasar. ¿Fuisteis acaso
Mártires de una patria,
Monstruoso engendro á quien feroz la gloria
Para besarlo, el corazón le arranca?

Sois del abismo en que la mente se hunde
Confusa resonancia;
Un grito articulado en el vacío
Que muere sin nacer, que á nadie llama;

Pero algo sois. El trovador cristiano
Arroja, húmedo en lágrimas,
Un ramo de laurel en vuestro abismo...
¡Por si mártires fuisteis de una patria!